

siones. Eran los repuestos de parque de los fuertes, que se hacían estallar, volando las fortificaciones.

De trecho en trecho se veían grandes montones de fusiles, impregnados de petróleo ó aguarráz, que ardían en voraces hornazas.

Los soldados veían arder sus armas, ó las estrellaban contra el suelo ó las paredes, en un silencio aterrador.

La campana mayor de Catedral, con su voz sorda y sonora, repicaba tardíamente anunciando la capitulación de la ciudad heroica, defendida por el más valiente, por el más patriota, por el más heroico de los ejércitos.

Así fué el sitio de Puebla.

CAPITULO VIII

La rendición de Puebla y las consecuencias que tuvo.--Traslación del Gobierno á San Luis Potosí

El ejército francés, si bien triunfante, quedó agobiado de cansancio y privaciones en el terrible sitio que había sostenido. Sus pérdidas fueron enormes. El Capitán de Estado Mayor francés, G. Niox, dice que frente á Puebla el ejército francés perdió: Muertos en el campo: 18 oficiales y 167 soldados (esta cifra es completamente supuesta; sólo en Santa Inés murieron 400 hombres). Heridos: 79 oficiales y 1,039 soldados. Total: 1,303 bajas.

Hay que advertir, según explicación del historiador francés, que de los heridos más de la mitad fallecieron. Esto señala que hubo como 700 muertos en aquellos terribles combates, según confesión de los franceses. En realidad, tuvieron más de 2,000 bajas.

Las pérdidas mexicanas, hasta principios de Mayo, fueron 466 muertos y 804 heridos. Total 1,270 hombres. Mucho menos que las bajas francesas. Hay que hacer notar que los muertos constituían la mitad de esas bajas, como en el ejército francés. Esto señala la multiplicidad de los combates á la bayoneta, que son los más terribles.

Cayeron prisioneros del ejército francés:
26 Generales, 303 Jefes y 1,179 oficiales.

Las evasiones estuvieron á la orden del día, tanto en Puebla como en el camino de Veracruz.

Salieron de Puebla:

22 Generales, 228 Jefes y 700 oficiales.

Llegaron á Veracruz:

13 Generales, 110 Jefes y 407 oficiales.

« Los que se fugaron (dice G. Niox) regresaron á sus provincias en donde eran influyentes. Ellos fueron los que sostuvieron el foco de las ideas liberales y contribuyeron, más que nada, para prolongar la guerra.»

Al día siguiente de la capitulación, el Estado Mayor francés dirigía á González Ortega un documento que deberían firmar todos los prisioneros. Este documento decía:

« Los que abajo firmamos, oficiales mexicanos hechos prisioneros, nos comprometemos bajo nuestra palabra de honor, á no salir de los límites de la residencia que nos estará asignada, á no mezclarnos en nada por escrito ó por actos, en los hechos de la guerra ó de política, por todo el tiempo que permaneceremos prisioneros de guerra, y á no corresponder con nuestras familias y amigos sin previo consentimiento de la autoridad francesa.»

No hubo uno solo de aquellos patriotas que firmara tal documento.

Por lo contrario, subscribieron el siguiente:

« Zaragoza, 18 de Mayo de 1863.—Cuerpo de Ejército de Oriente.—Prisioneros de guerra.—Los Generales prisioneros de guerra que subscriben, pertenecientes al Ejército mexicano de Oriente, no firman el documento que se les ha remitido la mañana de hoy del Cuartel general del Ejército francés, tanto porque las leyes de su país les prohíben contraer compromiso alguno que menoscabe la dignidad del honor militar, como porque se los prohíbe también sus convicciones y opiniones particulares.»

Este documento no sólo fué firmado por los Generales, sino también por todos los Jefes y oficiales de aquel ejército benemérito.

El intendente Wolf hizo saber á aquellos Generales, Jefes y oficiales hambrientos y miserables, que podrían cobrar sus sueldos de la Intendencia francesa. No hubo uno solo que quisiera recibir un centavo del pagador francés. ¡Y había algunos que estaban en la más completa miseria!

La rendición de Puebla ya se esperaba desde que el inútil Ejército del Centro fué derrotado en San Lorenzo. Esto no obstante, al conocerse la verdad del desastre, la nación entera se conmovió hondamente. En el primer instante de estupor sólo se consideró la grandeza y heroicidad de aquella rendición; más tarde se hicieron sentir duramente sus tremendas consecuencias.

Comonfort renunció el mando del Ejército del Centro, que se le dió al General D. Juan José de la Garza.

Aquel ejército había quedado reducido á 6 ó 7,000 hombres, de las tres Divisiones de infantería y de la División de caballería. Con los tres ó cuatro mil hombres que había en México no se podía formar un Cuerpo de Ejército suficiente para resistir á los franceses. Así es que se desechó la primera idea que se tuvo de fortificar la plaza y sostener un sitio en México, mientras el Gobierno marchaba al interior. Juárez ordenó que las tropas abandonaran á México, y él mismo lo hizo el 1º de Junio de 1863, después de haber clausurado las sesiones ordinarias del Congreso de la Unión; el que, antes de disolverse, concedió al Presidente de la República las facultades extraordinarias más omnímodas para sostener la guerra y defender á la Patria.

En la clausura de las sesiones de aquel Congreso, Juárez dijo:

« La adversidad, ciudadanos Diputados, no desalienta
 » más que á los pueblos despreciables; la nuestra está enno-
 » blecida por grandes hechos, y dista mucho de habernos arre-
 » batado los inmensos obstáculos materiales y morales que
 » opondrá el país contra sus injustos invasores.»

« Vosotros vais ahora á servir á la Patria fuera de este re-
 » cinto, y vuestro amor á ella deberá en todas ocasiones ani-
 » marse por la seguridad de que el Gobierno SOSTENDRÁ la vo-
 » luntad del pueblo mexicano, manteniendo á todo trance in-
 » cólumes su autonomía y sus instituciones democráticas.»

Don Sebastián Lerdo de Tejada, Presidente del Congreso, contestó á Juárez en un discurso significativo que conmovió á todos.

Al día siguiente comenzó aquella penosa peregrinación que debía conducir al Jefe Egregio de la Nación hasta Paso del Norte, pobre, miserable muchas veces, pero jamás abatido, jamás vencido, siempre confiando en el triunfo de la República.

Sus primeras órdenes se encaminaron á organizar dos ejércitos, uno que se tituló Ejército del Centro, y fué el segundo de ese nombre. Otro que se llamó Ejército de Reserva y que organizó el General Doblado con los elementos del Estado de Guanajuato.

El 10 de Junio de 1863, Juárez expidió en San Luis Potosí un manifiesto á la Nación que terminaba con las siguientes palabras:

« Unámonos, pues, y no excusemos sacrificios para salvar
 » nuestra independencia y nuestra libertad, esos grandes bie-
 » nes sin los cuales todos los demás son tristes y vergonzosos!
 » ¡Unámonos y nos libremos! ¡Unámonos y haremos que to-
 » das las naciones bendigan y exalten el nombre de México.»

Entonces comenzó la tercera época de la Defensa Nacional, y la de dificultades para el Gobierno de República. Más tarde llegarían el período angustioso y el agónico, precursores del más glorioso de los triunfos.

CAPITULO IX

La ocupación de México.—La Junta de Notables y los primeros desengaños del Clero

El General Forey hizo su entrada triunfal en Puebla el 19 de Mayo, entre repiques de campanas y salvas de artillería.

El Cabildo Metropolitano de Puebla, rodeado del clero y con asistencia de las eminencias del partido traidor, recibió al general francés en el atrio de Catedral, bajo palio, lo condujo á un puesto de honor y entonó en su elogio y alabanza un solemne *Te Deum*, dando gracias al Altísimo por el insuceso de las armas mexicanas, y humillándose gustoso y servil ante el invasor de su patria.

Jamás se ha visto un acto de traición tan ruin y miserable como el que ejecutó en aquel día el clero poblano, merecedor de las maldiciones de todos los que aman á su patria.

El General Brincourt fué nombrado gobernador, y los traidores Fernando Pardo y José María Castillo y Urizar aceptaron los puestos de alcalde y secretario de la ciudad de Puebla.

Forey expidió dos decretos (21 de Mayo) que señalan su torpeza como estadista; el primero prohibía la exportación de oro y plata, en pasta ó acuñados. El segundo decretaba el